

DOCUMENTOS

EL PRIMER CENTENARIO DE LA ANTIGUA ACADEMIA DE SAN CARLOS

El 5 de noviembre de 1781, bajo la dirección de don Gerónimo Antonio Gil y con el carácter de Escuela Provisional de Dibujo, se iniciaron los cursos en la Academia de las Nobles Artes de San Carlos de la Nueva España.

La Escuela Nacional de Bellas Artes, nombre que desde 1867 llevaba la Antigua Academia de San Carlos, el 5 de noviembre de 1881 celebró su primer centenario. En la ceremonia se pronunciaron dos discursos: uno por el director de la Escuela y el otro por un distinguido ex-alumno. Los dos discursos los recogió el periódico *El Nacional* los días 5 y 12 de noviembre. Al parecer no han vuelto a publicarse, por lo mismo, el Instituto de Investigaciones Estéticas ha creído conveniente reproducirlos en sus *Anales* con motivo del segundo centenario y del interés que tienen para la historia del arte en México.

CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO

RESEÑA HISTÓRICA DE LA ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES

*Leída hoy en el primer Centenario de su fundación, por su Director el
Sr. D. Ramón S. de Lascuráin*

Nada más justo ni debido que conmemorar los acontecimientos a que los pueblos deben su engrandecimiento y bienestar, y tributar nuestros homenajes de gratitud a los que movidos por elevadas aspiraciones han sabido emplear las ventajas de su posición y de su fortuna, en provecho de los demás hombres. Reunidos aquí con ese fin, vamos a cumplir la deuda de reconocimiento que tenemos hacia aquellas personas que concibieron y supieron llevar dignamente a su realización el noble pensamiento de crear este tan útil establecimiento, haciendo una breve reseña histórica de su fundación, de sus vicisitudes y de sus progresos.

En 29 de agosto de 1781, el superintendente de la *Casa de Moneda* del Virreinato D. Fernando José Mangino, propuso al virrey D. Martín

Mayorga, la erección en esta capital de una academia de las tres Bellas Artes de pintura, escultura y arquitectura.

Acogido y aprobado el proyecto por el virrey con igual solicitud, nombró en seguida en 12 de septiembre una junta de personas distinguidas que, con el carácter de Junta Preparatoria se encargara de tomar las medidas conducentes a la organización y establecimiento de la Academia, teniéndola bajo su dirección mientras se daba cuenta al rey para pedirle su aprobación, y que la dotara con los recursos suficientes para su conservación.

Fue formada la Junta de la persona misma del virrey, del promovedor D. Fernando José Mangino, del corregidor D. Francisco Antonio Crespo, del regidor decano D. José Ángel de Cuevas Aguirre, del prior del Consulado D. Antonio Barroso y Torrubia, del cónsul más antiguo D. Antonio Bassoco, del administrador General de Minería D. Lucas Lassaga, del director del mismo Tribunal D. Joaquín Velázquez de León, del mariscal de Castilla, del marqués de Ciria, del marqués de San Miguel Aguayo, del doctor D. José Ignacio Bartolache, secretario de la Junta y del grabador de la Casa de Moneda D. Jerónimo Antonio Gil; a quien el rey había encomendado la enseñanza del dibujo en la misma Casa, y quien había alentado mucho a Mangino en la prosecución de su empresa.

Como el grano que se siembra en buen terreno germina y se desarrolla aceleradamente así fue cómo en poco tiempo la idea sembrada con tanto acierto, pudo dar su fruto en los felices resultados que produjo; pues a poco pudo reunirse para darle ser, un fondo de \$ 9,380 mediante una asignación anual de \$ 5,000, que se impuso al Tribunal de Minería; de \$ 3,000 el Tribunal del Consulado; de \$ 1,000 la ciudad de México; de \$ 200 la de Veracruz; de \$ 100 la de Querétaro; de \$ 50 la de San Miguel el Grande; \$ 15 la Villa de Córdoba, y \$ 15 la de Orizaba; más otros \$ 13,000 reunidos con las donaciones que por una sola vez hicieron muchos particulares cuya enumeración sería largo referir y quizá fuera de lugar.

Con estos preliminares y las disposiciones dictadas por la Junta Preparatoria, se abrieron los estudios el día 5 de noviembre de 1781, dando a su establecimiento el carácter de Escuela Provisional de Dibujo, bajo la dirección de D. Gerónimo Antonio Gil, y el auxilio de siete profesores mexicanos: Vallejo, Clapera, Alcibar, Sandoval, López, Gutiérrez y Vázquez. De esta manera se abrieron, pues, los cimientos de una fuente de conocimientos de grande aplicación práctica para las

artes y para las ciencias; pero especialmente para la pintura, escultura y arquitectura, ligadas íntima e inseparablemente entre sí en su enseñanza, en su estudio y en su práctica.

No fue menos afortunada la empresa ante el rey Carlos III. Impuesto del expediente formado por el virreinato y enviado a España el 1 de agosto de 1782 para darle conocimiento del proyecto de la fundación de la Academia, de las providencias tomadas por la Junta Preparatoria para su realización, e impuesto también del informe y dictamen que en 31 de julio de 1783 dieron D. Matías de Gálvez, sucesor de Mayorga, y D. Ramón de Pozada, fiscal de Real Hacienda, en el que se le indicaban las grandes ventajas que resultarían cultivando las felices disposiciones que se observaban en los nativos del país para las Bellas Artes; expidió con las más vivas demostraciones de satisfacción y beneplácito, el decreto de erección de 25 de diciembre del mismo año de 1783, declarando: que acogía bajo su inmediata protección y aprobada la Academia establecida y la dotaba con 13,000 pesos anuales que habrían de tomarse en parte del producto de temporalidades de regulares extinguido, y en parte de las cajas reales; disponiendo además, que mientras daba el real solemne decreto de erección, y los estatutos que la habían de regir, que continuara observándose el orden y gobierno adaptados por la Junta Preparatoria.

Cumplidos los ofrecimientos del rey Carlos III con su solemne decreto de erección de 18 de noviembre de 1784, y con los estatutos en virtud de los cuales continuaba el gobierno del establecimiento a cargo de los particulares que por entonces y sucesivamente constituyeran la Junta superior de gobierno conforme a lo que en ellos se ordenaba, y la enseñanza a cargo de un director general, de directores particulares de cada ramo, y de los tenientes respectivos, hubo lugar de hacer una manifestación pública de los progresos alcanzados por los jóvenes que cursaban los estudios, en la apertura solemne verificada el 4 de noviembre de 1785, en cuyo acto, a presencia del público, cinco de los alumnos más aprovechados dieron la última mano a las obras de diferente género que habían ejecutado.

Así, la marcha progresiva y de adelantamiento de la Academia, continuaba. Vinieron a poco tiempo los directores de pintura, D. Andrés Ginés de Aguirre y D. Cosme de Acuña, el director de escultura D. José Arias, y el de arquitectura D. Antonio Velázquez, los que habían sido solicitados desde el principio para la enseñanza de estos ramos, y que debían sustituir a los provisionales. —Y habiendo llegado a

ser insuficiente el local que en la Casa de Moneda se había destinado para los estudios, por el crecido número de alumnos que a ellos concurrían, se trasladaron en 1791 a este mismo sitio en que hoy se encuentra la Escuela, sin prescindir por ello del propósito de levantar un edificio que correspondiera dignamente a su objeto en el Solar de Nipaltongo que para ese fin se había comprado con parte de los fondos que se iban acopiando, y de los cuales se enviaron a España 13,000 pesos para que se invirtieran en obras de artes propias para el estudio; en instrumentos para el ramo de matemáticas y de arquitectura, y en obras de consulta para la formación de la biblioteca, y sin descuidar por estos gastos la dotación de diez y seis pensiones acordadas a los discípulos más aprovechados y necesitados, con arreglo a las prevenciones de los estatutos.

Mayores fueron aún los adelantamientos logrados a la venida de D. Manuel Tolsá, nombrado en 1790 director de escultura para sustituir a D. José Arias, quien había muerto a consecuencia de una enfermedad contraída poco después de haber llegado; y a la venida de D. Rafael Jimeno, nombrado segundo director de pintura por la renuncia que de su empleo hizo D. Cosme de Acuña. La importancia y habilidad de esos dos artistas fue notoria, y lo es todavía en la presente época. El primero dejó un nombre imperecedero en los suntuosos edificios de Minería y del templo de Loreto, y en la no menos grandiosa y magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, considerada como una de las más excelentes obras que se conocen de ese género. De D. Rafael Jimeno aún se conservan algunas obras muy apreciadas por las personas que las poseen, y por las que las conocen; y existen todavía, aunque algo deterioradas, las que ejecutó en la cúpula de Catedral; siendo de sentirse que se hubiera destruido la admirable y hermosa primitiva cúpula de Santa Teresa, construida por Velázquez, habiendo sido decorada también por Jimeno con bellas representaciones de los episodios a que dio lugar la traslación del pueblo del Cardenal a México, de la imagen que en esa iglesia se venera.

A Tolsá tocó la satisfacción de formar la primera galería de escultura con la valiosa colección de yesos que el rey Carlos IV regaló a la Academia, y cuya colección, tomada de los originales clásicos del antiguo, mereció ser calificada por el barón de Humboldt como una de las mejores, comparada con las que había conocido en Alemania. A Jimeno cupo la satisfacción de haber abierto la primera galería de pintura para la que desde 15 de octubre de 1781, había dedicado D. José

Alcíbar un cuadro de la Escuela de Zurbarán, representando seis apóstoles, y tres tablas de la de Rafael con asuntos bíblicos, y para la que se habían reunido algunas obras ejecutadas aquí por Alcíbar, Clapera y Vallejo, y otras de escuela española adquiridas por compra para la Academia. Con la enseñanza de esos profesores y el ejemplo de sus obras, natural era que hubieran de lograrse buenos adelantamientos hacia los primeros años de este siglo entre los jóvenes dedicados al estudio de las Bellas Artes, y que el establecimiento siguiera en su primera época un constante mejoramiento y progreso, pero identificada su existencia con la del poder colonial, bajo cuya égida había nacido, preciso era que experimentara sus primeras vicisitudes con los trastornos que a ese poder ocasionó la guerra de independencia: las asignaciones diversas de sus rentas que aun un poco antes se enteraban con retardo, comenzaron a faltar.

Las escaseces que se experimentaron en los años cercanos a la emancipación del país, fueron aumentando día a día; apenas se hicieron por algún tiempo los gastos más indispensables, merced a los notables esfuerzos que el Sr. D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle hacía para que los estudios no se interrumpieran. Este señor, nombrado primeramente conciliario y después secretario desde el año de 1816, fue hasta cierto punto el sostén de la Academia en sus primeros tiempos de penuria; activo y celoso en el desempeño de las funciones propias de su empleo, procuraba siempre con la mayor constancia hacer efectivas las obligaciones pecuniarias contraídas por los cuerpos y ciudades que tan generosamente habían ofrecido su cooperación al sostenimiento de la Academia, y muchas veces hizo erogaciones de su propio peculio para satisfacer los gastos más urgentes y para evitar las faltas de los profesores, ocasionadas por el atraso de sus sueldos.

Ocasión es esta, por tanto, de tributar a dicho señor el debido elogio; y la de reconocer el acierto con que fueron dictados los estatutos al encomendar la administración y cuidado de la Academia a personas que, no siendo facultativas, reunieran entre otras cualidades, las de inteligencia, representación y amor a las artes, sin preferencia particular a algunas de ellas: circunstancias que más adelante habrá nuevas ocasiones de seguir reconociendo.

Mas no obstante y a pesar del espíritu vivificador de las clases bajo cuya protección estaba la Academia, ésta tuvo que sufrir desde diciembre de 1821 el grande contratiempo de la interrupción de sus estudios. Rotos los lazos de dependencia que unían a la nación con la metrópoli;

y habiendo la necesidad de atender a la organización política del nuevo ser en que entrara con su emancipación, no fue posible restablecer los estudios sino hasta dos años después, en enero de 1824, en que la Junta Superior Gubernativa le creaba, aunque escasamente, nuevos fondos, con imposiciones decretadas sobre el Ayuntamiento, sobre las mitras de México y de Puebla, y sobre la Tesorería General.

Bajo tales auspicios y el mismo régimen, se abrió la segunda época de la Academia no quedando de la primera, tocante al profesorado, más que D. Rafael Jimeno, con el carácter ya de director general, y D. José Gutiérrez con el de segundo director de arquitectura; habiendo sido reemplazados por nuevos profesores mexicanos formados en la Academia, los primeros maestros que faltaban por fallecimiento o jubilación.

Nada bonancible era ciertamente la nueva vida de la Academia, participando de las azarosas dificultades por las que hicieron pasar a la nación, sus esfuerzos y tareas constitutivas; sin embargo, y a pesar de que no se llegó a percibir más que por una sola vez la asignación mensual de \$ 2,000 con que había logrado ser considerada en el presupuesto decretado por el Primer Congreso Constitucional, pudo caminar con alguna regularidad, y restablecerse algunas pensiones, fuera de las que disfrutaban Vázquez y Labastida, enviados a París y a Roma desde entonces a perfeccionar los conocimientos que aquí habían adquirido; mientras fueron satisfechas las demás imposiciones, especialmente la de la Mitra de Puebla, a cargo de su obispo el Sr. Pérez; quien de su propia renta o de la parte pensionable de la Mitra, nunca dejó de pagar con puntualidad la cantidad mensual de \$ 300 que se le señalaron, acreditando con esto su filantrópico celo por la subsistencia de la Academia y su reconocido amor por las Bellas Artes.

Pero sujeta la Academia a las vicisitudes del erario, a los atrasos del Ayuntamiento y a la suspensión de las ministraciones impuestas a las mitras, desde entonces se le vio navegar entre los escollos de esas vicisitudes, y tal vez se hubiera naufragado en ellas sin el decidido empeño que tuvieron para evitarlo las estimables personas que sucesivamente le dedicaron su asistencia y protección en el seno de la Junta y en los puestos elevados del Gobierno.

En el decenio comprendido entre 1829 y 1839, en el que a pesar de las penurias por las que se atravesaba, no dejaron de recibir instrucción los jóvenes que concurrían a los estudios, bajo la dirección exclusiva de los discípulos y académicos de mérito, formados por los últimos

directores venidos de la Península, siendo uno de aquellos el director de escultura D. Pedro Patiño Ixtolinque, a quien se le había dado el carácter de director general.

Entre las personas protectoras de quienes se ha hecho mención, aparecen en primer término los señores Sánchez de Tagle y D. Javier Echeverría. Con su carácter de secretario el primero, no omitió trabajo ni sacrificio para conseguir que los profesores obligados a buscar ocupaciones extrañas a la enseñanza, no faltaran a la asistencia de sus clases, particularmente hacia fines de ese periodo en que las escaseces llegaron a un extremo tal que si el Sr. Tagle no hubiera tomado de sus propios recursos la mesada asignada al encargado de la corrección nocturna, se hubiera suspendido enteramente; estando las clases de pintura y escultura casi reducidas a estudios particulares de los Sres. Mata y Rincón.

Al Sr. Echeverría, a quienes tocó en tales circunstancias, la mala suerte, si puede decirse así, de encargarse del establecimiento como presidente de la Junta Superior de Gobierno, tocó también la satisfacción de ser el primero que comenzara a conjurar los males que amenazaban su existencia. Animado del mismo espíritu de amor y progreso que tuvieron por la institución sus antecesores, y los que lo siguieron, no perdonó ocasión para mejorar aquella situación: sus acertadas y prudentes providencias, su representación e influencia, y aún su crédito particular, fueron los elementos de la conservación de la Academia y los que la encaminaron luego a su prosperidad.

Hacia el año de 1840, aun en medio de esa lucha entre el ser y no ser, se hicieron adelantamientos. El que había sido alumno del ramo de pintura, y después pensionado en el mismo, D. Miguel Mata y Reyes, con la infatigable dedicación y amor al arte que le fueron conocidas, había llegado a merecer que la Junta le considerara digno de ser primer director de pintura aunque con la condición de ir a Roma a adquirir mayor instrucción y conocimientos. Y cuando la Junta procuraba adquirir obras de mérito para enriquecer sus galerías llegaron a México las pinturas, yesos y mármoles, ejecutados por los pensionistas sostenidos en el extranjero.

Merced a tales esfuerzos, y encomendados los estudios a los académicos Mata, Terrazas, Araoz y Heredia en sus respectivos ramos, pudo llegarse al año de 1843, en que por una combinación de felices circunstancias se consiguió sustraer a la Academia de las condiciones adversas que la encadenaban a las fluctuaciones continuas del erario. El ilustrado Sr. D.

Manuel Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública en esa época, de acuerdo con el no menos ilustrado y filantrópico secretario de Hacienda, Sr. D. Ignacio Trigueros, consumó la tarea emprendida por la Junta Superior de Gobierno. El medio imaginado para lograr tan deseado fin, era el de convertir la Lotería Nacional, que había caído en general descrédito, en "Lotería de la Academia Nacional de San Carlos" bajo la dirección del Sr. Echeverría, y con una organización capaz de inspirar las mayores garantías. Grandes dificultades, que interpusieron bastardos intereses, hubo que vencer para conseguirlo; pero una vez vencidos por la inquebrantable resolución del Sr. Trigueros de no dejarlos prevalecer, o de separarse de la Secretaría si llegaban a sobreponerse, fue expedido por el Sr. Baranda el decreto de 2 de octubre de 1843, que tenía por objeto dar impulso y fomento a las Bellas Artes, mediante las determinaciones contenidas en los artículos de ese decreto.

El resultado fue cual se esperaba; y no obstante algunos gravámenes que se dejaron a la Academia de la antigua lotería, y de cuantiosas cantidades que por disposición del Gobierno se distrajeron de su objeto para aplicarlas a diversas necesidades, se llegó a una época próspera y feliz por la que se había trabajado con tanto empeño, y para la que no dejó de servir mucho la influencia de que gozaba en este tiempo el Sr. D. Pedro Escobedo, uno de los miembros de honor de la Academia.

Los deseos de poseer un edificio propio, que los fundadores no llegaron a ver cumplidos, quizá por lo costoso de los proyectos que presentó Velázquez, director de arquitectura, calculado uno de ellos en \$ 800,000 y el otro en \$ 300,000, tuvieron esta vez su verificativo: se compró todo el edificio que ocupó el antiguo Hospital del Amor de Dios; se dio entero cumplimiento a lo determinado por el Ministerio, para impulsar los estudios, poniéndolos bajo la dirección de acreditados y hábiles profesores europeos; se adquirieron excelentes obras de pintura, propias para el estudio e inspiración de los alumnos; se formaron las galerías de grabados en lámina y en hueco, y nuevas galerías de pintura y de escultura. La biblioteca adquirió también nuevas y magníficas obras.

Pero si este cuadro, bosquejado a la ligera, puede ser halagador, no lo es ciertamente tanto como el esencial, el de los progresos y perfeccionamiento de los que se dedican al estudio y ejercicio de las Bellas Artes. Las clases nocturnas destinadas especialmente a los que solamente en el dibujo podrán encontrar la perfección y la belleza, que da a los artefactos su mayor atractivo, se vieron mejor atendidas y más numerosamente concurridas. Los ramos de pintura y escultura tomaron un vuelo extraordi-

nario. Los Sres. Clavé y Vilar, que supieron llenar dignamente la misión que trajeron al encargarse de sus respectivos ramos, emplearon los principios que le sirven de base. Se estableció la clase de perspectiva, sin la que ninguna obra puede ser perfecta; y la de anatomía de las formas, tan importante y necesaria para la inteligencia y aplicación de la estática y de la psicología en las obras. Persuadidos de la necesidad de darles diversa dirección de la que se sigue en Europa, en donde abundan los elementos indispensables para que los jóvenes puedan perfeccionarse por sí solos, después de haber adquirido en las escuelas los principios y conocimientos fundamentales, no consideraron terminada la enseñanza sino después de dar a los estudios de composición, toda la extensión posible, y de ejercitar a sus discípulos en la ejecución de cuadros originales desde los más sencillos hasta lo más elevados; y fundaron, en fin, una escuela cimentada en un fondo de conocimientos de toda naturaleza que les guiara firmemente a la posesión y al perfeccionamiento del arte. Las muchas obras de esa época que sirvieron para formar las galerías de escuela moderna mexicana, lo testifican evidentemente, y si no están exentas de defectos, como tal vez no lo estén ni aún las de los más célebres artistas, sujetadas a una rigurosa crítica, no carecen en verdad de mérito y de cualidades artísticas bastantes para haber merecido los elogios de personas enteramente imparciales, que en otra parte han tenido ocasión de conocer las obras de los grandes maestros. Se estableció en seguida, por ramo separado, el de la pintura del paisaje, encomendando su enseñanza al artista italiano D. Eugenio Landesio; persona ilustrada y de grandes conocimientos en su arte.

Se pusieron los estudios de los grabados en lámina y en hueco, en mejores condiciones para el aprovechamiento de los alumnos bajo la dirección de profesores inteligentes, aumentóse el ramo de grabado en lámina con los útiles propios de la litografía para el ejercicio y práctica de los alumnos de ese ramo.

Por último, el importante ramo de arquitectura, fue encomendado a D. Javier Cavallari y organizado de una manera conforme al carácter científico elevado que le corresponde. A las diversas bases o principios matemáticos así como a las especialidades que forman la esencia de esa ciencia y de ese arte se dio el desarrollo debido a su importancia; sin descuidar la parte artística, que requiere un ejercicio continuo en el dibujo de todo género, desde que comienza la carrera hasta su terminación para resultados del orden y plan que se siguió en el estudio de ese ramo no podía ser más satisfactorio. Numerosos fueron los alumnos que

a él se dedicaron y notable es el número de los que con el mayor aprovechamiento merced a la sólida y vasta instrucción que recibieron, se hicieron acreedores a los honrosos empleos públicos que les tiene encomendados el Supremo Gobierno en las escuelas nacionales en las que ejercen el profesorado, en varios de los ramos científicos cuya dirección depende de la Secretaría de Fomento, en el Municipio, y en las empresas particulares. Y si se ha de juzgar del árbol por sus frutos, es decir, por el número de instruidos profesores que se formaron en la Academia en un periodo de veinte años desde 1847, solamente por efecto de un sistema poco noble de animadversión podrá negarse lo útil y bueno de su establecimiento al que corresponde la educación de los que abrazan por carrera la arquitectura, uno de los ramos más interesantes de las Bellas Artes.

Señalado este gran paso de progreso al que debemos una escuela propia en los ramos de pintura y de escultura, y un profesorado que en gran parte ha robustecido su saber con el auxilio de las pensiones en Europa estudiando las obras clásicas de todo género que el genio ha creado en el antiguo continente; que en el de las ciencias matemáticas derramó el saber entre numerosos jóvenes haciéndoles aptos para el desempeño de diversas funciones científicas; que enriqueció las galerías con obras envidiables de autores de merecido renombre; y su biblioteca con obras en que se da a conocer lo que el arte ha creado en todos los pueblos y en todos los tiempos; que estableció las exposiciones para dar a conocer los adelantos de los jóvenes que hacen aquí sus carreras, y para prepararles también una favorable entrada al ejercicio público de ellas; y cuyos certámenes son un estímulo aun para los artistas ejercitados, sirviendo al mismo tiempo para generalizar el buen gusto y el sentimiento de la belleza de todas las clases sociales; señalado este notable periodo de la vida de la Academia, sigamos el hilo de esta reseña indicando aunque sea brevemente lo que en ese sendero se ha hecho para su conservación y progreso.

Al Sr. Echeverría siguió en la presidencia de la Junta de Gobierno el Lic. D. Bernardo Couto, persona tan ilustrada y tan amante de la Academia como su antecesor. El Sr. Couto procuró con el mismo empeño hacerla prosperar no obstante los trastornos que ya en su tiempo llegó a sufrir la lotería: hizo la adquisición de dos casas contiguas al establecimiento por la calle del Amor de Dios con el objeto de darle mayor extensión y facilitar la construcción de nuevas galerías que el aumento de las obras iba haciendo necesarias, y concibió el proyecto de hacer la historia de la pintura desde principios del siglo xvii en que apareció se puede

decir en México, por medio de las obras de los más excelentes autores que florecieron en ese siglo y el siguiente. De esta manera dio principio a las galerías de pintura de la Escuela antigua mexicana, escribiendo además sobre ellas con bastante inteligencia y erudición una obra que dejó inédita, pero que posteriormente a su muerte ha sido publicada por el señor, su hijo mayor.

Con el Sr. Couto terminó la segunda época de la existencia del Establecimiento.

La tercera, en la que alternan algunas vicisitudes con muchos adelantos debidos al espíritu de progreso y a la ilustración de nuestros Gobiernos, comienza el año de 1861.

En este año, cuando el Sr. Couto se había separado de la Academia por sus enfermedades, y el Sr. D. Fernando Ramírez que le sustituyó, había renunciado a la presidencia de la Junta, hubo de verificarse un cambio radical en su régimen o administración. Admitida la renuncia del Sr. Ramírez, y determinada la inobservancia de los estatutos, quedó el establecimiento bajo el cuidado y la dependencia directa del Gobierno de la Unión; y su régimen interior y facultativo a cargo de un Consejo o Junta de Profesores y un director nombrado entre ellos mismos. Sin embargo, de este cambio y de la insubsistencia de la Lotería, que en fuerza de los trastornos públicos había venido a su fin, no se alteró la marcha e impulso dado anteriormente a los estudios. Continuaron con el mismo número de clases, con los mismos profesores, y la misma asistencia de alumnos.

El Gobierno no solamente no la desatendió sino que procuró mejorarle siguiendo las indicaciones del Sr. Alcaraz, entonces oficial mayor del Ministerio de Justicia, agregándole la casa número 8 de la Estampa de Jesús María, comprada para aumentar la localidad que de día en día se va haciendo necesaria para nuevas galerías y mayor número de estudios; y ordenando que se trasladaran de los extinguidos conventos los cuadros más interesantes por su mérito para la continuación de las galerías de escuela antigua mexicana, enriquecida de este modo con obras muy notables.

En la época de los sucesos ocurridos con motivo de la intervención extranjera tampoco se experimentaron trastornos de importancia.

Después, al volver el Gobierno de la República, el mismo Sr. Alcaraz fue nombrado director del Establecimiento. Al hacerse cargo de este empleo puramente honorífico como lo fueron las funciones de las diversas

Juntas de Gobierno, se convino en que no se haría ninguna variación en el personal de los profesores por motivo de los acontecimientos públicos terminados.

Prevenidos por esta medida prudente los trastornos o perjuicios que hubieran resentido los jóvenes en su instrucción y enseñanza por un cambio imprevisto, dedicó su atención al mejoramiento científico y material de la ya Escuela de Bellas Artes. Con objeto de hacer más fructuosas las clases nocturnas a los artesanos a quienes especialmente están destinadas, se determinó que el dibujo de ornato que en el día estaba a cargo de un profesor, y al de otro en la noche, siguieran encomendados al más idóneo y capaz de encaminarlos al aprovechamiento de los discípulos, poniéndolos en relación con el carácter particular que más conviniese a los diferentes oficios a que los alumnos estuvieran dedicados. Dejó establecida la clase de dibujo lineal industrial, que hasta entonces verdaderamente no había existido; la que debía servir al mismo tiempo como de un paso al profesorado de los alumnos más aprovechados del ramo de arquitectura. Siendo de notarse el hecho de haber estado encargados sucesivamente de esta clase los jóvenes Anguiano, Pérez Reyes y Dondé antes de ocupar los empleos distinguidos a que se han hecho dignos acreedores por su instrucción y aprovechamiento. El primero es director actualmente del Observatorio Astronómico de Chapultepec; Pérez, segundo director del Observatorio Meteorológico Central; Dondé, catedrático de la Escuela de Ingenieros y de la de Artes y Oficios, y Reyes, después de haber sido catedrático del Instituto Científico de Morelos durante el gobierno del general Leyva y enseguida director del Observatorio Central, es hoy director en jefe de una de las líneas de la empresa Sullivan. En el tiempo en que esta persona sirvió la clase referida, escribió un tratado intitulado: *Introducción al estudio del dibujo lineal*, que dedicó a la Escuela y fue calificado por una comisión de profesores de útil a la enseñanza y digno de que se diera a la prensa. Es conveniente fijar la atención en estas observaciones a referencias que se han presentado naturalmente en la narración de los hechos. Ellas demuestran claramente el grado de adelantamiento alcanzado en los estudios científicos en esta Escuela.

Muchas son las obras con que se enriquecieron en esa época todos sus departamentos; la biblioteca, la galería de grabado en hueco, la de grabado en lámina, las galerías de escultura, las de pintura; todas adquirieron obras reconocidas y calificadas por los profesores más competentes, algunas de mérito y de autores sobresalientes.

Se organizó una pequeña galería de ornato con obras de alabastro y mármol; siendo algunas de ellas reproducciones de lo que hay más notable en este ramo en algunos puntos de Europa.

Se procuró que las exposiciones se restablecieran y que se verificasen aunque fuese de dos en dos años, atendiendo a que en México no hay muchos artistas y aficionados que las puedan alimentar, como sucede en Europa, en donde encuentran de sobra protección y alimentos. Pobres, en efecto, podrán ser nuestras exposiciones; pero ¿no sería peor destruirlas cuando las naciones más adelantadas, que tienen asegurado el porvenir de su industria, sus artes y su comercio, las abren a porfía como un medio civilizador, propio para estrechar los vínculos internacionales de los pueblos? Es, pues, de suma necesidad sostenerlas y no negar a los que se dedican al estudio del arte un estímulo que tan poco cuesta, y sostenerlas con el mismo carácter de generales o nacionales que se les ha dado con objeto de que se les vea por las entidades federales con el interés que debe tenerse por todo aquello que propenda al bien común del país y el particular de los estados. Con ellas se avivará el gusto por obras que enaltecen el espíritu, e inspiran amor por todo lo que las artes nos representan como digno de admiración y de perpetuarse; sin ellas este sentimiento se extinguiría, relegando las artes a la imperfección de la rudeza de los pueblos.

La parte material de la Escuela fue también mejorada. Algunas obras comenzadas en la época de Cavallari, como la fachada y el salón de actos, se adelantaron notablemente; se hicieron también obras de reparación indispensables en las galerías de escultura, cuyos pisos de ladrillo, húmedos y malos, fueron sustituidos por pisos de madera; se terminó una galería de arquitectura, y se dio principio a una nueva pintura, dejando preparadas las armaduras de fierro que debían de servir para su bóveda. No siendo sino bastante satisfactorio todo esto, preciso es, sin embargo, mencionar un acontecimiento desfavorable que vino a entorpecer los grandes adelantamientos logrados en el ramo de arquitectura mediante la organización y desarrollo dados a sus estudios.

El Sr. Martínez de Castro, al expedir su ley de Instrucción Pública, basada en elevadas concepciones de educación matemática y de universalidad de todos los conocimientos, respecto de los que se dedican a las carreras de las letras, no se imaginó indudablemente que las escuelas especiales pudieron resentirse en algo por el establecimiento de una escuela preparatoria para todas las carreras. El hecho es que ese foco de luz que en verdad honra a México, hubo de influir, muy

lejos de lo que se esperaba, en menoscabo y grande atraso de la clase de arquitectura de la Escuela.

Al expedirse dicha Ley, un gran número de jóvenes que se encontraban, al terminar unos, a la mitad de la carrera otros, y muchos en los primeros cursos, la abandonaron enteramente. Dos causas contribuyeron poderosamente a este resultado: por una parte, la dislocación o distribución de estudios correspondientes a una misma ciencia en dos distintas escuelas: los puramente científicos en la de ingenieros, y los de dibujo o artísticos en ésta; y por otra, la falta de unidad y enlace que deben tener los cursos de matemáticas con las materias especiales que inmediatamente siguen y están sujetas al cálculo; las que vinieron a quedar separadas por un intermedio de tres años, durante el cual los alumnos debían ocuparse de materias preparatorias que enteramente interrumpían el enlace de que se ha hablado.

El Sr. secretario de Justicia e Instrucción Pública, D. Ignacio Ramírez, que llegó a penetrarse de la idea de que por estas circunstancias y disposiciones, la arquitectura volvería al estado rudimental en que antes se acostumbraba, o a no ser ejercida sino por los maestros de obras, como sucedía en los tiempos coloniales, remedió en cuanto fue posible ese mal, acordando de conformidad la medida propuesta por la Escuela, cual era la de distribuir sin aumento de presupuesto, entre su corto número de profesores científicos, la enseñanza de las ciencias o materias especiales, con el desarrollo o extensión que a cada una de ellas corresponde, a fin de que siguieran en un perfecto orden y conveniente relación con los estudios artísticos: y que las materias preparatorias que forzosamente habría necesidad de cursar en la Escuela Preparatoria, se estudiaran simultáneamente con las de ésta. Gracias a esta prudente medida, la Escuela no contará con numerosos alumnos dedicados a esa carrera, como en otro tiempo; pero habrá la seguridad de conservar el estudio de ese arte o ciencia tan interesante, y de que serán perfectos los conocimientos de los que a ella se dediquen.

En esta situación se encontraba la Escuela al hacerse cargo de los destinos de la nación el Sr. general Díaz. Durante este tiempo se ha cuidado con empeño de que se haga con la mayor pureza y escurpulosidad, la inversión de los fondos que le asigna el presupuesto para sus muchas y diversas atenciones. Debido a esto se han podido ejecutar obras de reparación muy costosas: reponer enteramente los techos de cuatro galerías de pintura, y sus correspondientes tragaluces, para los

que hubo necesidad de construir nuevas armaduras; mejorar las galerías de grabado en sus pisos, techos y ornamentación, cambiar los pisos de ladrillo de los estudios de dibujo por pisos de madera, más propios para el aseo y la conservación de todos los objetos que contienen; construir la nueva galería de pintura que estaba en parte preparada, y otras dos de escultura; terminar el salón de actos estucando su bóveda y dejando enteramente arreglado su piso, construir dos de los nuevos estudios que en un tercer piso se han de levantar, siguiendo el perímetro interior del edificio; abrir un intercolumnio entre la galería de pinturas europeas y la de pinturas modernas mexicanas, siguiendo el sistema adoptado por D. Javier Cavallari, para la última y para la continuación de las obras que deberán abrirse todavía para las muchas obras que están sin colocación por falta de localidades. Todas estas obras han sido ejecutadas con el único recurso de la cantidad de \$ 833.33 centavos mensuales que le asigna el presupuesto para gastos de clases, alumbrado, reparación de edificio, construcción de nuevas galerías, exposiciones y compra de objetos de arte.

Mediante ese mismo recurso, se han adquirido, 59 obras de mucha importancia, por su rareza y utilidad, para la biblioteca; 27 monedas y medallas para la galería de grabado en hueco; 57 grabados originales de los mejores autores antiguos y modernos, para la galería de grabado en lámina; 23 cuadros para las galerías de pinturas y 6 obras de escultura, para las correspondientes galerías.

En cuanto a mejoras de enseñanza, para estimular la aplicación de los alumnos y hacerles adelantar en la composición, se han establecido desde el año próximo pasado conforme al Reglamento de Concursos aprobado por el Ejecutivo, los concursos anuales y bienales; los que visiblemente están dando los mejores resultados, y de los que aún se obtendrán otros mejores, haciendo al Reglamento las modificaciones que la experiencia viene aconsejando.

Así, lo que en el año de 1781 surgió de la fecunda inteligencia y la magnanimidad de los Sres. Mangino y Gil; lo que se ha conservado después por el solícito empeño de las eminentes personas que la rodearon; lo que ha sido protegido después por nuestras Administraciones animadas del patriótico celo que han tenido para difundir la instrucción en todos los ramos de las ciencias y las artes; lo que en aquel entonces comenzara, es hoy un templo del arte que encierra inapreciables tesoros donde han salido ya numerosos e instruidos profesores llevando su

saber e inteligencia a donde quiera que se emprende alguna obra de importancia.

Allí están sus dos galerías de pintura de escuela antigua mexicana revelando en las obras de los Echave, de los Juárez, de los Rodríguez, Arteaga, Cabrera y muchos otros, las felices disposiciones de los hijos de México para cultivar y enaltecer el arte de Rafael y Miguel Ángel. La magnífica galería de pinturas europeas en donde se encuentran obras inapreciables de Murillo, Zurbarán, Alonso Cano, Leonardo de Vinci, y otros genios de reconocida fama, admirando y extaciando al inteligente con sus bellezas, y sirviendo de ejemplo a los que con ellas vienen a inspirarse.

A las que fueron dedicadas por el Sr. general Díaz, siendo secretario de Justicia e Instrucción Pública el Sr. Lic. D. Protasio Tagle, dos grandes cuadros que representan el Valle de México, pintados por el Sr. Velasco y el de Sor Juana Inés de la Cruz pintado por Urruchi; y la que acaba de ser aún más enriquecida por el actual señor Presidente y por el órgano de la Secretaría a cargo del Sr. Montes con la escogida colección de cuadros que poseía el Sr. Cardoso, y han sido comprados, no obstante su alto precio, a la señora hija del Sr. Cardoso.

Allí tenemos la por hoy pequeña galería de paisaje, donde al lado de los exquisitos cuadros bíblicos de Marko figuran dignamente los del profesor Landesio y de sus aventajados discípulos.

Las galerías de escuela moderna mexicana testificando por una parte la dedicación y empeño del inteligente maestro que supo conducir a sus discípulos por el sendero difícilísimo del arte, y por otra los adelantamientos y progresos que a éstos les han hecho merecedores del título honroso de artistas y de maestros.

Allí tenemos también las galerías de escultura, notables por la valiosa colección de estatuas tomadas de las celebradas esculturas del antiguo, que con justa estimación se conservan en los museos de Europa, y por los originales de yeso y mármol de escuela moderna mexicana, ejecutados algunos por los pensionados en Europa, y la mayor parte bajo la dirección del nunca bien sentido Sr. Vilar, de quien también se conservan algunos originales de gran mérito.

La galería de grabado en lámina, dotada con numerosos originales, propios para la historia del grabado, y para conocer las obras de los más notables autores.

La galería de grabado en hueco con colecciones de medallas y monedas, clasificadas por el orden correspondiente a las naciones que en este

género de obras más se distinguen, y entre las que figuran algunas de la escuela mexicana.

Una galería de arquitectura destinada exclusivamente a dar a conocer los adelantos en este ramo de los alumnos más sobresalientes; siendo notables entre los proyectos que en ella se encuentran, los que ejecutó el Sr. Rodríguez Arangoiti durante su permanencia como pensionado de la Escuela en París y en Roma.

Una biblioteca que con las excelentes obras dedicadas a esta escuela por el Sr. general Díaz en la época en que el Sr. Mariscal tuvo a su cargo la repetida Secretaría, cuenta ya con 1,780 volúmenes de obras en que los que no puedan visitar el extranjero podrán estudiar y conocer todos los grandes monumentos y todas las magníficas obras antiguas y modernas que con tanto cuidado se conservan por los gobiernos y por los particulares.

Y en fin, una escuela a cuyo frente se encuentra un profesorado completo de personas instruidas y capaces de inculcar a los alumnos lo único que se puede transmitir, los principios y conocimientos que conducen a la posesión del arte; y de la que han salido ya algunos jóvenes a encargarse de la enseñanza en los institutos de varios estados; y que ha producido últimamente dos obras científicas escritas por el profesor de construcción D. Manuel Gargollo: sus tratados de *Estática de las bóvedas* mandado dar a la prensa, y un tratado de cálculo, pendiente aún su impresión del correspondiente acuerdo del Ejecutivo.

Este monumento, esta Escuela creada bajo la protección de los reyes para beneficio de los súbditos en aquel tiempo, queda hoy bajo el apoyo y protección del primer ciudadano que rige los destinos de la República para el bien, cultura y progreso del pueblo mexicano.

El Nacional. México, 5 de noviembre de 1881.
Año II, Nº 210, p. 1-2.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. ingeniero D. Ramón de Ibarrola, en la función con que la Escuela Nacional de Bellas Artes celebró su primer Centenario

Señor Presidente:

Señores:

Un compañero de los días felices de mi juventud se presentó en mi casa hace algunas semanas, y me dijo que era allí enviado por el

director y los profesores de esta Academia para notificarme la elección que de mí habían hecho para dirigiros la palabra en esta solemne reunión. Lleno de sorpresa y de gratitud, contestéle que si al proceder a su elección habían pensado en el alumno más amante de este noble Instituto, habían acertado en dirigirse a mí; y por la distinción sobre mí conferida les daba las más sinceras gracias, deplorando al propio tiempo que se hubieran fijado en un ingeniero, sin duda alguna el menos apto para dar cima a la empresa que se le confiaba.

Y he aquí, señores, llegada la ocasión de hablar, y héme aquí agobiado delante de vosotros por invencible sentimiento de profunda tristeza; sentimiento que proviene de una voz interior, tan severa como inflexible, que me hace conocer mi propia insuficiencia, cuando comparo la pequeñez de mis facultades con la grandeza de la tarea sobre mí impuesta.

Y sin embargo, voluntariamente la he aceptado; no porque a ello me movieran el atrevimiento y la osadía que imposible era se adunasen al temor inspirado por mi flaqueza, sino porque algo más fuerte ha excitado mi ánimo conmoviendo al propio tiempo mi corazón. ¿Qué es lo que puede vencer el temor? ¿Qué lo que me hace sobreponerme a la conciencia de mi debilidad? ¡Ah, señores! Fácilmente lo comprenderéis vosotros los que estáis unidos a mí por los mismos recuerdos, ligados a esta Academia por idénticos deberes.

El amor que engendra y alimenta la gratitud, me inspira la idea de que a falta de elocuentes frases cuales requieren el argumento que debo desarrollar delante de vosotros, y vuestra exquisita cultura, podré al menos mostraros los sentimientos de un corazón agradecido, las ideas que en mí ha creado y robustecido el trascurso del tiempo, y los votos tan puros como sinceros que hago por el adelanto, la prosperidad y la gloria de este noble plantel, en cuyo recinto augusto resuenan, porque así lo habéis querido los acentos de una voz que nunca ha engañado.

Sí; vosotros, señores, mis antiguos maestros, vosotros, compañeros de mis estudios, que hoy ayudáis a los primeros en las tareas de la enseñanza; vosotros sois los que aquí me habéis llamado, y a vuestro llamamiento acudo; y cuando de mí exigís que os ayude a celebrar el centenario de nuestra Academia, el amor vence escrúpulos y temores y os contesto: Aquí estoy: ¿Queréis que un ingeniero celebre la gloria de las artes? Pues bien, a falta de imaginación, tengo corazón, y al volverlo hacia lo pasado, al contemplar lo futuro, anímame el dulce perfume de los recuerdos y extasióme ante los esplendentes celajes que en porvenir

cercano veo brillar sobre nuestra patria, a cuya grandeza tanto ha contribuido y contribuirá aún nuestra noble Academia.

Se ha dado generalmente el nombre de Bellas Artes a aquellas que dan forma a la idea por medio del dibujo, y que con más propiedad pudieran y debieran llamarse "Plásticas". Propóngome considerar el fin que ellas, en común con las demás artes, se proponen, su utilidad general y su influencia en las sociedades, la particular que a México han producido, y la necesidad urgentísima de fomentarlas.

Su fin es lo bello *Pulchrum*; y como mientras mejor conoce el hombre el fin que desea alcanzar, mientras más clara es la idea que de él se forma; mientras más se acerca a la verdad, endereza hacia él sus pasos con mayor seguridad, bueno será que tratemos de indagar qué es lo bello; que aun cuando pudiera parecer demasiado metafísica la discusión, es de por sí tan interesante, sus consecuencias son de tal peso y de tal cuantía, que no debemos recelar de acometerla.

¿Qué es lo bello? —Todos lo nombramos: a cada paso aplicamos los calificativos y sus derivados a los objetos que nos rodean, a los hechos que pasan en torno nuestro; y sin embargo, llegando a definirlo, nos asombramos de no poder hacerlo, y confundidos en un dedalo de pensamientos, abrumados por las distintas fases bajo que la cuestión se presenta, pugnando en el taller de nuestro cerebro por dar forma a nuestras ideas, nos vemos tentados de exclamar con el poeta:

Ideas sin palabras,
Palabras sin sentido,
Cadencias que no tienen
Ni ritmo ni compás.

Concebimos de una manera vaga lo que es la belleza; pero al considerar más profundamente la cuestión, encontramos algo misterioso más allá de la superficie de las cosas que de ella nos aparecen revestidas, y tratamos de penetrar en la ciencia misma de esa belleza, cuya idea existe en nosotros como otras tantas de las cuales no podemos darnos clara razón, y cuyo estudio constituye uno de los más delicados de la ciencia psicológica.

La verdad es que, a menos de profunda reflexión, no podemos comprender en qué consiste esa belleza que de tan variada manera se presenta a los diversos individuos —"Lo bello", dicen los discípulos de Leibniz, "es lo que agrada; lo feo, lo que desagrade". Y sin duda alguna,

para hacer más aceptable esta definición se formó el adagio: “De gustos no hay nada escrito”.

Y a fe que los que lo hicieron como corolario de aquélla; obraron cuerdamente; pues que a cualquiera le hubiera ocurrido notar que los que a unos desagrada a otros agrada, y que lo que a unos parece hermoso, otros lo miran como feo. Este modo de definir es sin duda alguna muy cómodo; pero sólo puede satisfacer a entendimientos superficiales; no, la belleza excita en nosotros sensaciones y sentimientos demasiado profundos para hacerla consistir meramente en la apreciación de nuestros sentidos, en algo que de lo exterior afecta lo interior; no, más bien debe ser algo que se refleja de los recónditos senos de nuestra alma, que crea en nosotros una especie de ideal, que nos hace buscar continuamente la encarnación, por decirlo así, de ese ideal; y que, al encontrar ya en el mundo material, ya en el moral, algo que corresponda a ese tipo en nosotros preexistente, nos hace exclamar: “Eso es bello”.

La idea de lo bello pertenece a una esfera superior a aquella en que giran comúnmente nuestros pensamientos, su origen existe fuera de los horizontes que abarca nuestra mirada, más allá de la cerúlea bóveda que cubre nuestras cabezas; idea pura, idea grande, instigadora de profundas meditaciones. ¿Qué tiene de extraño que de ella se hayan ocupado las más sublimes inteligencias, y que las nuestras puedan apenas seguir las en su remotado vuelo?

Platón, el filósofo más profundo de la antigüedad, creía que nuestra alma posee y lleva en sí grabada la idea del bello architipo, la imagen de la Divinidad que posee únicamente la Suprema Belleza.

El grande obispo de Hipona, decía a su vez: “Lo bello es la Unidad” y su opinión y su definición van acordes con Platón, ya que en el orden de las ideas la Unidad perfecta es Dios.

La Unidad perfecta, la Verdad absoluta sólo en Él existen; nuestra alma inmortal, pero limitada, no puede comprender lo Absoluto; que sólo se le presenta por medio de diversas revelaciones, y una de ellas es la de la Belleza que en su grado supremo y absoluto sólo en Dios existe. Y si las ideas de Platón y de San Agustín, cuya concordancia tan notable hemos podido observar hacen consistir la Belleza en la Unidad, en lo que a los objetos creados se refiere, la Belleza resultará a nuestros ojos de la armonía del conjunto, de la conformidad de las partes con el todo, y del todo con su destino; y he aquí el noble

objeto que se proponen las artes plásticas, y el cual basta enunciar para comprender toda su importancia.

Remontarnos hasta su origen, estudiar su desarrollo, discutir el orden de su procedencia, tema sería más propio de la cátedra que de la tribuna que ahora ocupo, y que se prestaría a grande alarde de profunda y variada erudición. Básteme decir que el sentimiento que impulsa al hombre en todas sus condiciones hacia los primeros rudimentos del arte parecen coexistir con el origen de la sociedad, y se encuentra aún en los pueblos que llevan una vida errante.

Los indios bárbaros que vagan en las soledades del norte no se contentan con utilizar las pieles adobadas de los bisontes para formar sus hondas, sino que las decoran a su modo con dibujos peculiares que realzan por medio de los colores. Las arcillas y los materiales blandos debieron servir en un principio para los primeros ensayos escultóricos, que, tan luego como requirieron duración, debieron ser ejecutados en piedra u otro material resistente.

Unas cuantas ramas colocadas sobre troncos de árbol debieron dar al hombre su primer abrigo y tal pudiera considerarse como el origen de la arquitectura si bien algunos lo hacen brotar en una fuente más espiritualista.

La necesidad que el hombre siente de explicar las causas de los hechos que en torno suyo tienen lugar, lo conduce a una causa de esas causas, la cual pretende personificar dándole para ello su propia forma, de donde nace el antropomorfismo, y la primera imagen de la Divinidad; a ella tributa culto, a ella ofrece sacrificios; para ella forma el primer templo, y adorna sus paredes con las primeras pinturas dando así origen a la escultura, a la arquitectura y a la pintura.

Mas dejemos a los filósofos y a los arqueólogos seguir en el polvo de los pasados siglos; la oscura huella del origen del arte, y contentémonos con aceptar como un hecho que existe en el hombre el sentimiento creador que lo impele a buscar lo bello, y lo mueve a admirarlo cuando se le presenta ante la vista. Y para ver cómo el arte se identifica con las diversas fases de la sociedad, cómo varía con el carácter propio de cada pueblo, con el clima en que vive, no tenemos más que seguir las diversas modificaciones de la arquitectura.

La arquitectura da a cada edificio el grado de belleza que le corresponde, y que es diferente según el destino a que se le dedica; no es lo mismo el carácter que corresponde a un templo, que el que debe darse a un teatro, a una sala de baile, a una casa particular.

El origen de los pueblos le imprime un carácter decisivo, según muestran algunas observaciones, la tienda movediza de los tártaros es como el tipo de la arquitectura china; las cavernas en que se refugiaron los cazadores sirvió probablemente de norma a los constructores de los templos de Elefanta; la cabaña construida con ramas de los pueblos agricultores forma como el principio esencial del arte egipcio, del griego y del romano.

Las exigencias del clima modifican la arquitectura que no puede ser la misma bajo los trópicos que en los hielos del polo, o en los destemplados países donde sucesivamente se siente el calor de las costas ecuatoriales y el frío que forma las montañas de hielo que sirven de morada al oso blanco y a la foca.

El carácter de los pueblos varía, también el de la arquitectura que en la sucesión de sus monumentos nos revela las distintas evoluciones sociales.

Los monumentos egipcios cuya inmensa mole oprime aquellos ardientes arenales, y asombra nuestra vista; mas cuya utilidad no es posible explicarnos muy claramente, deben más bien considerarse como la expresión de las necesidades de una casta privilegiada que tenía que imprimir en aquellos a quienes dominaba, la idea de su grandeza, acometiendo para ello la erección de monumentos gigantescos que fueran como el sello de su inmenso y absoluto poderío, llamados en la tierra representantes de la Divinidad, querían herir la imaginación de los pueblos por los sentimientos del terror, de la grandeza y de la fuerza.

Los templos y demás edificios de la antigua Grecia nos dan, tanto como los escritos de sus historiadores y poetas, una idea de la suprema elegancia, del gusto exquisito de aquel pueblo; y al admirar las líneas purísimas del Parthenon, las ruinas del Acrópolis, no podemos menos de meditar sobre los destinos de esa tierra "madre y nodriza de toda noble enseñanza", que con su espíritu, su pericia, su disciplina, postró en el polvo el poderío persa, pero no pudo triunfar de la vanidad e inconstancia del propio carácter, que la hizo al fin sucumbir bajo el yugo macedónico, cuyo último representante, el desgraciado Perseo, cubierto de negra vestidura, había de ser en el triunfo de Paulo Emilio el presagio encarnado de la próxima ruina de la entidad helénica, consumada por la destrucción de Corinto.

La arquitectura romana, hija de la griega, marca perfectamente las evoluciones del espíritu del pueblo que fue rey, en el periodo de Augusto, en la época imperial, y en la decadencia y división del Imperio.

La oriental o bizantina, cuyo prototipo será siempre la obra inmortal de Antemio y de Isidoro de Mileto, nació bajo el impulso de los emperadores cristianos de Oriente.

Los elementos bizantinos hicieron nacer la arquitectura árabe, y reobrando sobre ella los monumentos persas, produjeron la arquitectura morisca, de la cual existen en España monumentos soberbios, como la mezquita de Sevilla edificada por Geber en el siglo duodécimo, y la Alhambra, concluida a mediados del décimocuarto. Ambos revelan la cultura de un pueblo que tanto brilló en las ciencias como en las artes, y que en su larga lucha por la dominación, desplegó las cualidades más exaltadas del valor, de la fe y de la caballería, y sólo pudo ser vencido por esa nación de héroes que, no satisfechos con colocar la cruz sobre la media luna en las almenas de Granada, había aún de plantarla en las remotas playas del Nuevo Mundo, cuya existencia había de ser revelada al Viejo en la majestuosa lengua de Castilla.

Convertidas en iglesias cristianas las basílicas romanas, no adaptación al nuevo culto, las necesidades que él trajo consigo, la destrucción de muchos templos, la utilización de sus restos, produjeron una arquitectura propiamente llamada fragmentaria. A la caída del imperio romano, los bárbaros destruyeron las obras maestras del mundo antiguo, y las bellas artes parecían haber desaparecido de la faz de la tierra: lo que de ella quedaba, así como de las letras, fue religiosamente conservado en los monasterios.

El sentimiento religioso que en ellas se mantenía siempre ardiente como las lámparas de sus santuarios, debía, sin embargo, apoyado en las libertades municipales, crear la arquitectura gótica u ojival; de todas la que mejor se adapta a ese mismo sentimiento, que se despierta, se exalta, se sublima con la altura etérea de las bóvedas, con la profundidad de las naves, con la media luz misteriosa que se filtra a través de sus vidrieras policrómicas; elementos que tan bien se asocian con los acordes majestuosos y prolongados del órgano, con los acentos profundos y solemnes del canto llano.

La división de las tierras entre los barones, el establecimiento del feudalismo, las contiendas de la Edad Media, edad semi-bárbara y caballerescas, en cuyo seno, sin embargo, existían los elementos embrionarios de la edad moderna, dieron origen a una arquitectura especial, la de los castillos, mitad palacios, mitad fortalezas, que revelan en su construcción y disposición el doble objeto a que estaban destinados.

Cuando a la voz de Pedro el Ermitaño los pueblos de Occidente se levantaron en masa para liberrar el sepulcro de Cristo, el contacto desarrollado por las cruzadas entre las naciones del Oriente y las del Ocaso, vino aún a influir en los elementos arquitectónicos como influyó tan poderosamente en la civilización.

La caída del Bajo Imperio, la transformación de la gran Basílica de Justiniano en mezquita musulmana, alejaron de Constantinopla, convertida en Estambul, los restos del arte que allí quedaban, y que, transportados a Italia primero, y de allí, diseminados por toda Europa, habían de producir una revolución conocida con el nombre de Renacimiento, cuyos monumentos son tantos y tan conocidos, que sería ocioso mencionarlos en este lugar.

Puede decirse que la arquitectura desde aquella época permaneció estacionaria hasta el segundo tercio del presente siglo, en el cual la aplicación del vapor a la locomoción terrestre, produjo en ella, como en todo lo demás, una importante revolución.

Algunos desocupados han creído conveniente emplear su tiempo en áridas disputas sobre la preeminencia relativa de las artes plásticas: no los seguiré en tan ingrata tarea. He hablado hasta ahora de la arquitectura, porque sus vicisitudes marcan perfectamente, a mi entender, las de la sociedad humana; mas no porque la crea superior a sus hermanas, la pintura y la escultura; las tres se dan la mano, las tres se ayudan y se completan y las tres tienen el mismo nobilísimo fin: la belleza.

La arquitectura lo busca en la disposición de sus edificios, en su adaptación al fin a que se destinan, en la justa proporción y simetría de sus partes, sus obras son las de mayores dimensiones, las más costosas, y las que requieren mayor número de conocimientos y de clase más variada, ya que es imposible levantar edificios de cierta importancia sin el conocimiento profundo de las ciencias exactas.

La escultura, por medio de las estatuas y de los bajo-relieves contribuye poderosamente a la decoración de los edificios y además, nos trasmite en sus monumentos los hombres y las casas de los pasados siglos. En ella, la belleza consiste no solamente en la pureza de las líneas y en la elección de las formas que se descubren en el maravilloso cuadro de la naturaleza, sino aún en cierta relación, en cierto concurso de perfecciones armónicas que se refieren al todo y a las partes de la creación, y que hacen que la materia inerte sea una manifestación no sólo de las emociones del alma, sino de las diversas actitudes que ellas

producen en el organismo, y de tal manera representadas, que a la vista de algunas de sus creaciones, bien puede exclamarse con el Dante;

Dinanzi á noi paseva sì verace
... Ché non sembrava immagine che tace.

La arquitectura, la escultura cuentan con las masas, con el volumen para producir sus efectos: la pintura, en tanto, no tiene más que la superficie, y sobre ella debe producir por medio del dibujo y del color la inmensa variedad de la naturaleza. “Reflejo del alma y del espíritu”, dice un escritor moderno, “ella traspasa el dominio del mundo material y se eleva a las más altas regiones de lo ideal y del sentimiento”. Y la contemplación de las obras maestras de los grandes pintores, bien justifican las anteriores palabras.

Si hay alguna de las artes hermanas que tenga el don preeminente de excitar por la contemplación de objetos sensibles, sentimientos e ilusiones que agitan poderosamente nuestra alma, es sin duda alguna la pintura, y bajo este punto de vista su responsabilidad es inmensa. El hombre a quien Dios dotara del genio para ser maestro en este arte, genio sin el cual ni el conocimiento profundo del dibujo y del colorido, de la perspectiva lineal y de la aérea, de la anomalía y del claro-oscuro, son suficientes para producir un grande artista, debe en todas sus obras proponerse un fin noble, que eleve el alma y la haga mejor. Si en vez de esto degrada su espíritu con la representación de objetos o escenas que sólo inspiren sentimientos innobles o impuros, es como uno de esos gérmenes que engendran la peste y emponzoñan el aire, y será un elemento de ruina lenta, pero segura, para la sociedad que tenga la desgracia de abrigarlo. La profanación de la pintura coincide con la decadencia de las sociedades, y de ello da testimonio la historia.

Que las artes elevan el alma, que hacen al hombre mejor, que engrandecen las sociedades, me parece suficientemente probado por la reseña que he querido trazar del fin que se proponen y de la manera con que lo alcanzan. Ellas, fomentando en los pueblos el amor de lo bello, purifican, refinan sus gustos y no pudiendo desarrollarse plenamente sino en medio de la paz, hacen que la amen, la busquen y la conserven por todos los medios a su alcance.

Mas tratando la cuestión de las Bellas Artes bajo otro punto de vista, menos relacionado con el sentimiento, y como se diría por muchos,

más positivo, es conveniente favorecer su desarrollo en las naciones, porque él aumenta la riqueza, y en ello convienen los economistas que son, sin duda alguna, de los hombres, los menos sentimentales: han podido diferir Adam Smith y Juan B. Say, acerca de la utilidad económica de las artes arquitectónicas; mas ambos han convenido en que los edificios, las estatuas, las pinturas, son riquezas materiales cuya acumulación aumenta de un modo evidente el capital de una nación, y esta consideración se agrega a las anteriores en pro del desarrollo y del fomento que debe darse en todo país a las Bellas Artes.

No existirían ni el comercio ni las relaciones que él establece entre los diversos pueblos, si todos ellos encerrasen dentro de sus límites todos los productos que son necesarios, o para satisfacer sus necesidades, o los deseos que nacen de una civilización más avanzada. Los diversos climas, los diversos suelos tienen productos diferentes que cambian entre sí los hombres manteniendo de esta manera una comunicación continua que los hace conocerse, apreciarse, amarse como deben amarse los hermanos, miembros todos de una inmensa familia.

El comercio de las especies, de las gomas aromáticas, de los chales espléndidos de Cachemira, del marfil, de las perlas y los diamantes de Golconda, hacen que los bajeles incontables de Europa se dirijan al Asia, llevándole en cambio los artefactos de la civilización europea. El polo se mantiene en contacto con las tierras templadas y con el Ecuador, mandando aquél de sus heladas regiones las pieles magníficas que vende a precio de oro, recibiendo a su vez los ricos frutos de más benigno clima. El norte y el sur, el oriente y el ocaso viven en continua comunión, merced a los vínculos del comercio que se estrecharán más y más a medida que vayan rompiéndose y desechándose las trabas e impedimentos artificiales a que tanta fuerza y pujanza han dado las rutinas fiscales, y se entre de lleno en el amplio camino que la naturaleza marca como ley suprema; el siempre fructuoso de la libertad.

Así como en el orden material, sucede en el moral: los diversos pueblos tienen aptitudes morales diferentes, y esto, como lo anterior, es uno de los elementos más fecundos de la armonía universal. Naciones hay a quienes cupo en suerte el genio industrial: otros para quienes fue patrimonio el genio artístico; la Grecia antigua, la moderna Italia, parecen haber sido los países privilegiados con este último: mas extendiendo algo más nuestras miradas y nuestra observación, vemos que aquél parece haber tocado más particularmente a los países septen-

trionales, mientras que el genio artístico existe y se desarrolla con mayor vigor y lozanía en los meridionales, adquiriendo, a mi vez, sobre aquéllos inmensa ventaja; ya que el genio industrial, más sujeto al estudio, dependiendo más directamente de la ciencia, puede adquirirse por éstos; mientras que las dotes de imaginación requeridas para el desarrollo artístico, dependen más de la inspiración que tal vez nazca de circunstancias que sólo puedan desenvolverse en su esplendor, bajo el luminoso cielo de las regiones del mediodía, donde el ambiente se perfuma con el aroma dulcísimo de los azahares, y las palmeras mecén sus graciosos penachos, formando bosque sobre bosque de sempiterna verdura.

Somos uno de los pueblos a quienes ha tocado en patrimonio natural el genio artístico, y para probarlo, bastárame invitaros a dar una ojeada por los ricos salones de nuestra Academia.

Si monumenta quæris, circumspice.

Desde los días de Baltazar de Echave hasta los nuestros, ¡cuántos egregios artistas han dado prez al nombre mexicano! Cuando fuera de los por entonces dominios de España, todo era o barbarie o lucha por la vida, nuestra patria que desde 1536 tenía establecida la imprenta, desplegaba un esplendor que henchía el corazón, y sacándole de los estrechos límites del habla vulgar, hacía prorrumpir a Bernardo de Balbuena en entusiastas apóstrofes llamando a México:

Fénix de galas, de riquezas mina,
Museo de ciencias y de ingenios fuente,
Jardín de Venus, dulce golosina . .

Aun cuando no en la escala de la pintura, floreció también entre nosotros la arquitectura en época en que era del todo desconocida, al menos como arte bella en los pueblos de este continente, que no eran de lengua castellana, y no son pocos los monumentos que de ella pudiéramos ostentar en nuestro suelo. Sólo de la escultura no tenemos reliquias anteriores a los tiempos de Tolsá y de Vilar.

La concienzuda reseña que el director de la Academia ha hecho de las vicisitudes de este noble plantel, desde su fundación por el gran rey D. Carlos III hasta nuestros días, me dispensa de la necesidad de hacer su historia, y siento mucho que un principio de delicadeza me impida enumerar los méritos y las obras de los profesores de esta

Academia, y de los alumnos que de ella han salido; mis alabanzas pudieran tacharse de parciales, hablen en vez de la mía lenguas extrañas, y sobre todo los hechos.

Aprovechándome, empero, de esta ocasión solemne, séame permitido llamar la atención del Sr. presidente de la República, cuya presencia nos honra, y es una prenda de los benévolos sentimientos que lo animan en pro de las artes, hacia la necesidad urgente de fomentar por todos los medios posibles esta Academia, que es honra de nuestra patria, y cuyos liberales estatutos no tienen superior en el mundo.

El desarrollo que México recibe día con día por la paz de que felizmente gozan las grandes líneas de ferrocarriles que se están construyendo y que en breve nos pondrán en íntimo contacto con la poderosa República del Norte, aumentando las relaciones entre ella y la nuestra establecidas, hacen necesaria para nosotros la conservación de nuestra supremacía artística.

En el curso de las transacciones mercantiles, ellos nos enviarán los productos de su industria; nosotros les devolveremos los ricos frutos de nuestro bendito suelo; los tesoros ocultos de nuestras altas sierras: su país será el bullicioso taller de la industria manufacturera; el nuestro el taller sagrado de las bellas artes. Y la ventaja quedará siempre de nuestro lado, porque sabios como los suyos los tenemos, industriales como los suyos los tendremos; pero artistas como los nuestros, ellos no los tendrán.

Parece haber llegado para los arquitectos y para los ingenieros la hora de redención, redención de la ociosidad en que yacían: ábrese ante nosotros vastísimo campo que nos pertenece. Circunstancias que se desprenden de la organización que actualmente tienen las empresas, hacen que la dirección de sus obras sea aún exclusivamente confiada a gente de su país; pero poco a poco entraremos nosotros a dirigir las con ellas; algunas compañías han comenzado a dar un saludable ejemplo; en otras, ingenieros mexicanos se están distinguiendo de una manera brillante. Entretanto, no tenemos de qué quejarnos; nuestro Gobierno nos honra con cargos de ilimitada confianza, y esa distinción nos enorgullece y nos hace bendecir los años dedicados al estudio.

No es cierto que la edad actual no sea favorable al desarrollo del arte: el arte ha entrado en otra faz. El uso del fierro y del cristal, el progreso incesante en los medios de ejecución de los trabajos, la facilidad de las comunicaciones y de los transportes hacen hoy posible construcciones colosales y combinaciones artísticas a las antiguas desconocidas.

Tenemos muchas estaciones de ferrocarril que construir, tenemos muchos puentes que lanzar a través de nuestros ríos; necesitamos palacios adecuados para nuestros poderes; monumentos hay que elevar a nuestros grandes hombres; hay inmensas paredes que decorar con las creaciones inmortales del genio. Cuando para arquitectos e ingenieros ha sonado, tras de largos años de postración, la hora de la actividad, deseo que luzca al propio tiempo para nuestros pintores y nuestros escultores tan sufridos, tan resignados, cuyo genio está latente; dadle ocasión de mostrarse e inmediatamente le veréis aparecer en lienzos superiores a los que tapizan nuestros salones, en monumentos que respiren la belleza clásica.

En medio de la paz se discuten con calma las cuestiones de la ciencia y del arte, y ni una ni otra pueden prosperar sino en el seno de la libertad. Provéase a esta Escuela de los fondos competentes; désele una organización tan independiente como aquella que gozó en otros tiempos, y bien pronto se verán los óptimos frutos que produce.

Entretanto, nosotros, los hijos de esta Academia, que hasta ahora podemos gloriarnos de no haber costado a la patria una sola lágrima, de no haberle causado una sola herida, trabajaremos con la fe y la constancia inquebrantable de que en la adversidad hemos dado pruebas, por elevarla al rango más alto entre los pueblos de la tierra.

¿Por qué no hemos de lograr lo que otros alcanzan? —¿Es nuestra raza como algunos pretenden inferior a otras razas?— ¡Ah! —No— que por nuestras venas corre la generosa sangre latina vivificada por el sol de los trópicos, la sangre de generaciones de hombres ilustres por su piedad, su valor y su doctrina.

Si algún tiempo anduvimos descarriados, hemos ya olvidado nuestras discordias y sabremos, aprovechando nuestros elementos, hacer de México, la más hermosa de las naciones, el asiento perpetuo de toda grandeza, la emperatriz de América cuyos pies reposen sobre la rica alfombra de nuestros perfumados campos, cuya frente ciña la diadema augusta de nuestras níveas cumbres.

Señor presidente, ya que he derramado ante vos las pobres guijas de mi propio caudal, permitidme que al concluir mezcle con ellas las joyas espléndidas a nosotros legadas por uno de los sabios profesores de esta Academia; y que, repitiendo sus palabras en una ocasión solemne os diga:

Jefe de la Nación. Los altos hombres,
Bien merecen laureles y laureles

Cuando olvidando cetros y doseles,
Sus nombres unen a inmortales hombres.

Ya que el poder de vuestro brazo alcanza
De California a Yucatán lejano,
Extended a las artes vuestra mano,
Que así la gloria sólida se alcanza.

México no será grande potencia,
Si yace en las tinieblas desarmada.
¡Ay de mi patria si le falta espada!
¡Ay de mi patria si le falta ciencia!

El Nacional. México, 12 de noviembre de 1881, Año II, núm. 213, pp. 1-2.